

Julio Verne
Gil Braltar



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

GIL BRALTAR

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1887
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

GIL BRALTAR

I

Eran entre setecientos y ochocientos, cuando menos. De estatura media, pero robustos, ágiles, flexibles, hechos para los saltos prodigiosos, retozaban bajo los últimos resplandores del sol que se ponía más allá de las montañas escalonadas al oeste de la bahía. El disco rojizo desapareció pronto, y la oscuridad comenzó a adueñarse de aquella cuenca enmarcada por las lejanas sierras de Senorra, de Ronda y del desolado país del Cuervo.

De repente, toda la tropa quedó inmóvil. Su jefe acababa de aparecer sobre ese lomo de asno estrecho que forma la cresta del monte. Desde el puesto de soldados, encaramado en la cima de la enorme roca, no podía verse nada de lo que ocurría bajo los árboles.

—¡Sriss!... ¡Sriss! —hizo el jefe, cuyos labios, fruncidos en morro, dieron a ese silbido una intensidad extraordinaria.

—¡Sriss!... ¡Sriss! —repitió aquella tropa extraña con una precisión perfecta.

Un ser singular, ese jefe: de alta estatura, vestido con una piel de mono, con el pelo hacia fuera, la cabeza cubierta de una cabellera enmarañada, el

rostro erizado de una barba corta, los pies desnudos, duros en la planta como el casco de un caballo.

Levantó el brazo derecho y lo tendió hacia la ladera inferior de la montaña. Todos repitieron al instante ese gesto con una precisión militar, o más exactamente mecánica —auténticas marionetas movidas por el mismo resorte—. Bajó el brazo. Ellos bajaron los suyos. Se inclinó hacia el suelo. Ellos se inclinaron en la misma actitud. Recogió un sólido bastón que blandió. Ellos blandieron sus bastones y ejecutaron el mismo molinete, el que los bastonistas llaman «la rosa cubierta». Luego el jefe se dio la vuelta, se deslizó entre las hierbas, reptó bajo los árboles. La tropa le siguió reptando.

En menos de diez minutos, los senderos del monte surcados por las lluvias fueron descendidos sin que el golpe de un guijarro delatara la presencia de aquella masa en marcha.

Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo. Todos se detuvieron como si los hubieran clavado en el sitio.

A doscientos metros por debajo aparecía la ciudad, tendida a lo largo de la oscura bahía. Numerosas luces constelaban el confuso conjunto de los muelles, las casas, las villas y los cuarteles. Más allá, los faroles de los navíos de guerra, las luces de los barcos mercantes y de los pontones fondeados en alta mar se reflejaban en la superficie de las aguas tranquilas. Más lejos, en la punta de Europa, el faro proyectaba su haz luminoso sobre el estrecho.

En ese momento estalló un cañonazo, el First gun fire, disparado desde una de las baterías rasantes. Y entonces, los redobles de tambores, acompañados del agudo silbido de los pífanos, se dejaron oír al instante.

Era la hora de la retirada, la hora de recogerse. Ningún forastero tenía ya derecho a correr por la ciudad sin ser escoltado por un oficial de la guarnición. Las tripulaciones recibían la orden de volver a bordo antes de que se cerraran las puertas. De cuarto en cuarto de hora circulaban patrullas que conducían al calabozo a los rezagados y a los borrachos. Luego, todo enmudeció.

El general Mac Kackmale podía dormir a pierna suelta.

No parecía que Inglaterra tuviera nada que temer aquella noche por su peñón de Gibraltar.

II

Todos conocen ese peñón formidable, de cuatrocientos veinticinco metros de altura, que descansa sobre una base de mil doscientos cuarenta y cinco metros de anchura por cuatro mil trescientos de longitud. Se asemeja bastante a un enorme león echado, con la cabeza hacia España y la cola bañada por el mar. Su faz muestra los dientes — setecientos cañones apuntados a través de las troneras —, los dientes de la vieja, como se dice. Una vieja que mordería duro si la molestaran. Por eso Inglaterra está sólidamente apostada allí, como en Perím, en Adén, en Malta, en Poulo-Pinang, en Hong Kong: otros tantos peñones de los que algún día, con los progresos de la mecánica, hará fortalezas giratorias.

Mientras tanto, Gibraltar asegura al Reino Unido un dominio incontestable sobre los dieciocho kilómetros de ese estrecho que la maza de Hércules abrió entre Abila y Calpe, en las profundidades de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles a recuperar ese pedazo de su península? Sí, sin duda, pues parece ser inexpugnable por tierra o por mar. Sin embargo, había uno de esos hidalgos a quien perseguía la idea obsesiva de reconquistar ese peñón ofensivo y defensivo. Era el jefe de la banda, un ser extraño, se podría decir incluso un loco. Se llamaba precisamente Gil Braltar, nombre que, en su mente, sin duda, le predestinaba a esa conquista patriótica. Su cerebro no había resistido, y su lugar hubiera sido el hospital de alienados. Le conocían bien. Sin embargo, hacía diez años que nadie sabía muy bien qué había sido de él. Quizá erraba por el mundo. En realidad, no había abandonado su dominio patrimonial. Vivía allí una existencia de

troglodita, bajo los bosques, en las cavernas, y más particularmente en el fondo de esos reductos inaccesibles de las grutas de San Miguel que, según se dice, comunican con el mar. Se le creía muerto. Vivía, sin embargo, pero a la manera de esos hombres salvajes, desprovistos de la razón humana, que ya sólo obedecen a los instintos de la animalidad.

III

Dormía bien, el general Mac Kackmale, a pierna suelta, con unas orejas más largas de lo que el reglamento prescribe. Con sus brazos desmesurados, sus ojos redondos hundidos bajo unas cejas ásperas, su rostro enmarcado en una barba hirsuta, su fisonomía muecona, sus gestos de antropopiteco, el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, incluso para un general inglés. Un auténtico mono; excelente militar, por lo demás, pese a su apostura simiesca.

¡Sí! dormía en su confortable vivienda de Main Street, esa calle sinuosa que atraviesa la ciudad desde la Puerta del Mar hasta la puerta de la Alameda. Acaso soñaba con que Inglaterra se apoderaba de Egipto, de Turquía, de Holanda, de Afganistán, del Sudán, del país de los bóers; en una palabra, de todos los puntos del globo que le vinieran en gana —y eso en el momento en que corría el riesgo de perder Gibraltar—.

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el general Mac Kackmale, incorporándose de un salto.

—Mi general —respondió un ayudante de campo que acababa de entrar como un proyectil—, ¡la ciudad ha sido invadida!...

—¿Los españoles?...

—Eso parece.

—¡Se habrán atrevido!...

El general no terminó la frase. Se levantó, se quitó el pañuelo que le ceñía la cabeza, se metió en los pantalones, se enfundó en el uniforme, se calzó las botas, se puso el sombrero, se abrochó el sable mientras decía:

—¿Qué es ese ruido que oigo?

—El ruido de los bloques de roca que ruedan, como una avalancha, sobre la ciudad.

—¿Son numerosos esos bribones?

—Deben serlo.

—¡Sí! Todos los bandidos de la costa se habrán reunido, sin duda, para este golpe de mano. ¿Los contrabandistas de Ronda, los pescadores de San Roque, los refugiados que pululan en los pueblos de la costa?...

—Es de temer, mi general.

—¿Y el gobernador está avisado?

—¡No! ¡Imposible llegar hasta su villa de la punta de Europa! Las puertas están ocupadas, las calles están llenas de asaltantes.

—¿Y el cuartel de la Puerta del Mar?...

—¡Ningún medio de llegar hasta allí! Los artilleros deben de estar cercados en su cuartel.

—¿Cuántos hombres tiene usted?...

—Unos veinte, mi general, infantes del 3.er regimiento que han podido escapar.

—¡Por san Dunstan! —exclamó Mac Kackmale—. ¡Gibraltar arrancado a Inglaterra por esos vendedores de naranjas!... ¡Eso no será! ¡No, eso no será!

En ese momento, la puerta del dormitorio dejó paso a un ser extraño que saltó sobre los hombros del general.

IV

—¡Rendíos! —exclamó con voz ronca, que tenía más de rugido que de voz humana.

Algunos hombres que habían acudido tras el ayudante de campo iban a abalanzarse sobre él cuando, a la luz de la habitación, lo reconocieron.

—¡Gil Braltar! —exclamaron.

Era él, en efecto, el hidalgo en quien ya nadie pensaba desde hacía tiempo, el salvaje de las grutas de San Miguel.

—¡Rendíos! —aulló.

—¡Jamás! —respondió el general Mac Kackmale.

De repente, en el momento en que los soldados le rodeaban, Gil Braltar hizo oír un «sriss» agudo y prolongado.

Al instante, el patio de la vivienda, y luego la vivienda misma, se llenaron de una masa invasora...

¿Se creerá? Eran monos, ¡y por centenares! ¿Venían acaso a arrebatarnos a los ingleses ese peñón de Gibraltar del que son los verdaderos propietarios, ese monte que ocupaban mucho antes que los españoles, mucho antes de que Cromwell soñara con su conquista para Inglaterra? ¡Sí, en verdad! Y eran formidables por su número, esos monos sin cola con quienes sólo se convivía en buena armonía a condición de tolerar sus pillajes, esos seres inteligentes y audaces a los que se guardaba mucho de molestar, pues se vengaban —había ocurrido alguna vez— haciendo rodar enormes rocas sobre la ciudad.

Y ahora esos monos se habían convertido en los soldados de ese loco, tan salvaje como ellos, de ese Gil Braltar a quien conocían, que vivía su vida independiente: un Guillermo Tell cuadrumanizado, cuya existencia entera se concentraba en ese pensamiento: ¡expulsar a los extranjeros del territorio español!

¡Qué vergüenza para el Reino Unido si la tentativa salía adelante! ¡Los ingleses, vencedores de los hindúes, de los abisinios, de los tasmanios, de los australianos, de los hotentotes y de tantos otros, vencidos por simples monos!

Si semejante catástrofe llegaba a ocurrir, al general Mac Kackmale no le quedaría más que volarse la tapa de los sesos. ¡No se sobrevive a semejante deshonra!

Sin embargo, antes de que los monos, llamados por el silbido de su jefe, hubieran invadido el dormitorio, algunos soldados se habían abalanzado sobre Gil Braltar. El loco, dotado de una vigor extraordinaria, había resistido. No sin esfuerzo se logró reducirle. Arrancada su piel de prestado durante la lucha, quedó casi desnudo en un rincón, amordazado, maniatado, sin poder moverse ni hacerse oír. Mac Kackmale había podido lanzarse al exterior, decidido a vencer o morir, conforme a la fórmula militar.

Pero el peligro no era menor en el exterior. Sin duda, algunos infantes habían logrado reunirse en la Puerta del Mar y avanzaban hacia la vivienda del general. Varios disparos estallaban en Main Street y en la plaza del Comercio. Sin embargo, el número de monos era tal que la guarnición de Gibraltar corría el riesgo de verse pronto obligada a cederles el paso. Y entonces, si los españoles hacían causa común con los monos, los fuertes serían abandonados, las baterías quedarían desiertas, las fortificaciones no contarían con un solo defensor, y los ingleses, que habían hecho ese peñón inexpugnable, ya no conseguirían recuperarlo.

De repente se produjo un giro de los acontecimientos. En efecto, a la luz de algunas antorchas que iluminaban el patio, pudo verse a los monos batirse en retirada. A la cabeza de la banda marchaba su jefe, blandiendo su bastón. Todos, imitando sus movimientos de brazos y piernas, le seguían a un mismo paso.

¿Había conseguido Gil Braltar desatarse de sus ligaduras y escapar del dormitorio donde lo custodiaban? Ya no cabía dudarle. Pero ¿adónde se dirigía ahora? ¿Iba a encaminarse hacia la punta de Europa, hacia la villa del gobernador, asaltarla, conminarlo a rendirse como había hecho con el general?

¡No! El loco y su banda descendían por Main Street. Luego todos cruzaron la Puerta de la Alameda, tomaron oblicuamente a través del parque y remontaron las laderas de la montaña.

Una hora después, no quedaba en la ciudad ni uno solo de los invasores de Gibraltar.

¿Qué había ocurrido entonces?

Pronto se supo, cuando el general Mac Kackmale apareció en la linde del parque. Era él quien, tomando el lugar del loco, había dirigido la retirada de la banda tras haberse envuelto en la piel de mono del prisionero. Se parecía tanto a un cuadrumano, ese bravo guerrero, que los monos se habían dejado engañar. Así que no tuvo más que aparecer para arrastrarlos tras de sí.

¡Una idea genial, sencillamente!... que fue pronto recompensada con el envío de la cruz de San Jorge.

En cuanto a Gil Braltar, el Reino Unido lo cedió, contra metálico, a un empresario de espectáculos que hace su fortuna exhibiéndolo por las principales ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo. El empresario incluso deja entender, con mucho gusto, que no es al salvaje de San Miguel a quien exhibe, sino al mismísimo general Mac Kackmale. Sin embargo, esta aventura ha sido una lección para el gobierno de Su Graciosa Majestad. Ha comprendido que, si Gibraltar no podía ser tomado por los hombres, estaba a merced de los monos. Por eso Inglaterra, muy práctica, ha decidido no enviar en adelante más que a los más feos de sus generales, a fin de que los monos puedan volver a confundirse.

Esa medida, verosímilmente, le asegurará para siempre la posesión de Gibraltar.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB